

amenazaban á Roma, ¿quién hubiera podido soñar con una edad de oro? No olvidemos, sin embargo, que los versificadores del imperio han expresado sentimientos pacíficos. El mundo antiguo, invocando la paz en vísperas de la invasión de los terribles Bárbaros, se parece al cisne, cuyos cantos anuncian su muerte. Pero el porvenir recogerá aquellas palabras supremas: en las aspiraciones no interrumpidas de los poetas verá la señal de una necesidad de la humanidad; con ellas mantendrá la esperanza de que esta paz tan deseada se realizará algún día.

Bien pronto la Italia, aniquilada, no produjo ya poetas: los escasos autores de los siglos IV y V nacieron en las provincias. El Galo *Rutilio* celebró la grandeza y los beneficios del imperio romano. A darle crédito Roma llegó al colmo del poder por medio de guerras justas y por su generosidad después de la victoria. El poeta, descendiente de una raza vencida, olvida su origen, olvida que su patria había sido inundada de sangre por el afortunado conquistador, que, sin embargo, fué el más humano de los Romanos. *Rutilio* es más verídico y más profundo cuando canta la unidad del Imperio; las palabras que vamos á citar son dignas de figurar al lado de las de los grandes poetas que hemos transcrito: «Todas las naciones del universo no tienen ya más que una patria; es una felicidad para los injustos el haber sido conquistados por tí. Al conceder á los vencidos la comunidad de tus derechos, has convertido en una ciudad lo que ántes era el universo» (1).

(1) RUTIL., *Itinerar.*, v, 63-66.

CAPÍTULO III.

LOS HISTORIADORES Y LOS POLÍGRAFOS.

§ I.—Consideraciones generales.

Se ha hecho notar que los mejores emperadores, los Trajanos y los Marco Aurelios, persiguieron á los cristianos, mientras que los Domicianos y los Heliogábalos fueron tolerantes (1). Los primeros, animados del espíritu de la antigua Roma, querían conservar sus instituciones; los otros veían con indiferencia desplomarse el mundo antiguo. Una observación análoga puede hacerse acerca de los historiadores romanos. Los más grandes, *Salustio*, *Tito Livio*, *Tácito* se identifican con el pueblo rey; participan de sus pasiones y de sus preocupaciones. Los de un orden inferior, *Velleyo Paterculo*, *Floro*, los *polígrafos*, y aún los oscuros compiladores de la *Historia Augusta* tienen miras más extensas y sentimientos más imparciales. Los unos son los Romanos de la República, patriotas, pero egoístas é injustos. Los otros son los Romanos del Imperio; tienen algo del cosmopolitismo que en aquella época rompía los límites estrechos de la ciudad antigua.

Los escritores antiguos apenas conocían la imparcialidad histórica. El patriotismo exclusivo que reinaba en las costumbres anima también á los historiadores. En ningún pueblo ha sido más grande, á la vez que más injusto, el amor de la patria que entre los Romanos. Lo mismo sucede entre los autores latinos; patrio-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 151.

tas hasta la mentira, alteran los hechos, desfiguran los crímenes de Roma y dan á todas sus pretensiones la apariencia de la buena causa (1). Esto era colocarse en la imposibilidad de tener una opinion justa acerca del derecho internacional: así los historiadores latinos apénas se elevan por encima de los sentimientos del vulgo en las importantes cuestiones que hacen nacer la guerra, la paz y los tratados.

Los autores griegos que han escrito la historia romana pertenecen á Roma tanto como á Grecia; su espíritu no es ya exclusivamente griego; ha sufrido la influencia del contacto de Roma. Tácito dice que los Griegos no admiran más que su historia (2). En efecto, la vanidad es un rasgo distintivo del carácter helénico, pero sería injusto hacer extensiva esta acusacion á todos los escritores de la Grecia. Roma no tiene un historiador tan juicioso como Polibio; encuéntranse en él consideraciones acerca del derecho internacional, que en vano sería el buscarlas en los Salustios, Tito Livios y Tácitos. No dirémos lo mismo de Dionisio de Halicarnaso, cuyo concienzudo trabajo es estimado por Niebuhr. Su historia es una glorificacion perpétua del poder romano; quiere convencer en alguna manera á los pueblos conquistados de que deben creerse felices obedeciendo á Roma: «A ménos de estar cegados por injustas prevenciones, reconocerán que los Romanos son merecedores del Imperio; porque es una ley de la naturaleza, ley general, eterna, que los débiles estén sometidos á los fuertes. Los Romanos tienen, además, la justicia de su parte; si fueron felices en todas sus empresas, es porque jamas emprendieron una guerra injusta» (3). Polibio se ha dejado seducir también por la grandeza de Roma, pero este espectáculo no le priva de la libertad de su juicio: no se prosterna ante la fuerza. La apología de Dionisio de Halicarnaso es idéntica en el fondo con la justificacion de la esclavitud que Aristóteles ha tratado de hacer en nombre de la soberanía de la razón. Destruye el derecho internacional en su esencia. Si los fuertes tienen el derecho de dominar sobre los dé-

(1) NIEBUHR, *Historia romana*, t. III, p. 107, 181 y 195.

(2) TACIT., *Ann.*, II, 88.—C. PLIN., *H. N.*, III, 6(5): «*Genus in gloriam suam effusissimum.*»

(3) DION. HAL., I, 5; II, 72.

biles no puede haber un derecho que rija á las naciones, porque la independencia y la soberanía de las naciones, sin las que no hay derecho de gentes, no serian más que una irrisión: sería lo mismo que hablar de derecho en una sociedad de bandidos.

§ III.—Salustio.

Entre los fragmentos de Salustio hay una carta de Mitrídates á Arsaces, en la que está admirablemente caracterizada la política ambiciosa y pèrdua de Roma: «Para los Romanos la única y la antigua causa de hacer la guerra á todas las naciones, á todos los pueblos, á todos los reyes, es un profundo deseo de dominacion y de riquezas. Hé aquí porque han tomado las armas primeramente contra Filipo; sin embargo, habian simulado amistad con él mientras estaban acosados por los Cartagineses. Hicieron concesiones á Antíoco para separarle del rey de Macedonia; pero una vez vencido Filipo, Antíoco fué despojado de todas sus posesiones más acá del monte Tauro. Perseo se entregó á su fe ante los dioses de Samotracia; ellos, llenos de astucia y grandes inventores de perfidias, despues de haberle prometido por tratado conservar le la vida, le hicieron morir de insomnio. A Euménés, de cuya amistad se vanagloriaban, empezaron por entregarle á Antíoco como precio de la paz. Despues Attalo, guardador de un reino cautivo, fué reducido á fuerza de exacciones y ultrajes, de rey que era, á la condicion del más miserable de los esclavos; habiendo supuesto un testamento impío, se apoderaron de su hijo Aristonico que habia reclamado el trono de su padre, y le arrastraron en triunfo, como se hubiese podido hacer con un enemigo. Y en cuanto á mí, ¿tengo necesidad de citarme? Aun cuando estaba por todas partes separado de su imperio por reinos y tetrarquías, sin embargo, por la fama de mis riquezas y de mi resolucion de no dejarme esclavizar jamas, me hicieron la guerra.»

¿No es esta carta más que un trabajo oratorio? ¿Es Mitrídates quien habla, ó es Salustio quien expresa sus sentimientos por boca de aquel indomable enemigo de Roma? El arte se confunde

aquí con la realidad; es difícil de creer que viendo tan bien lo que había de censurable en el pueblo rey, no haya participado el historiador de la opinión que pone en boca de sus personajes. Pero el orgullo nacional impedía á los historiadores romanos censurar directamente la conducta de Roma respecto de los pueblos extranjeros. Salustio, que ha penetrado tan profundamente su política artificiosa, hace en otra parte el elogio de los Romanos en sus relaciones con Cartago! «En todas las guerras púnicas, dice, áun cuando los Cartagineses, tanto durante la paz como durante las treguas, se hayan entregado á horribles excesos, los Romanos no usaron jamas de represalias; buscaban más bien lo que era digno de ellos que lo que la justicia les permitía contra el enemigo» (1). Nos avergonzaríamos de calificar de represalias la conducta pérfida de Roma en la tercera guerra púnica. Al juicio de Salustio opondremos el de un historiador moderno. Hé aquí las palabras severas que la política romana ha inspirado á *Levesque* (2): «Se buscan las causas de lo que se llama la grandeza de los Romanos; hay una de la cual se prescinde; esta causa es que no tenían para con los de fuera ningun sentimiento de honor y de humanidad.» Citamos este juicio para mostrar cuán superior es la moralidad del mundo moderno á la de la antigüedad. No nos cansaremos de establecer estas comparaciones, porque nos hemos propuesto probar que los hombres, no solamente progresan en el dominio de la inteligencia, sino que sus sentimientos tambien se depuran y perfeccionan.

Sin embargo, debe hacerse justicia á Salustio. Amigo de César, participaba de sus sentimientos humanos; despues de la derrota de Pompeyo le dirigió una carta para inducirle á que usase de clemencia con los vencidos (3): «Toda dominacion cruel, dice, es más penosa que duradera; nadie puede ser temible á muchos sin que tenga muchos que temer; semejante vida se parece á una guerra eterna y llena de peligros, porque no se tiene garantía ni

(1) SALLUST., *Catil.*, c. 51.

(2) *Historia de la república romana*, t. II, p. 279.

(3) La autenticidad de las cartas de Salustio á César es dudosa (BAEHR, *Gesch. der röm. Lit.*, § 213); pero expresan con fidelidad los sentimientos del historiador y del dictador.

de frente, ni por la espalda, ni por los costados y se vive constantemente en el peligro y en el temor. Por el contrario, aquellos cuyo poder está templado por la bondad y la clemencia, no ven á su alrededor más que objetos agradables y risueños, y encuentran más favor en sus enemigos que los otros entre sus conciudadanos. ¿Se me va á censurar de querer empañar con estos consejos tu victoria y de ser demasiado indulgente con los vencidos? ¿Me censurarán porque creo que es menester conceder á los conciudadanos lo que nosotros y nuestros antepasados hemos concedido con frecuencia á pueblos extranjeros, enemigos naturales nuestros, ó acaso porque yo no quiero que entre nosotros se expie la muerte por la muerte y la sangre por la sangre como entre los Bárbaros?»

Recuérdese el furor de las guerras civiles, las proscripciones de Sila y las atrocidades de los últimos triunviros; recuérdese que el partido de la aristocracia, que acababa de sucumbir con Pompeyo, amenazaba á la República con análogos excesos, y que Roma espantada temia la venganza de César vencedor; y entónces se hará justicia á César y á su consejero. Forman una noble excepcion en medio de la ferocidad general; su humanidad los eleva por encima de su edad y los aproxima á los tiempos modernos.

§ III.—Tito Livio.

Tito Livio escribe la historia á la manera de Tucídides y de Jenofonte: nos da á conocer el carácter de sus personajes por medio de los discursos que pone en sus labios, pero el historiador no aparece, se confunde con la historia. Cuando se presenta ocasion no deja de poner en boca de sus héroes bellas máximas sobre el derecho de gentes. Hemos referido el discurso del samnita Poncio, censura admirable de la conducta desleal de Roma despues del tratado de las Horcas Caudinas. Es una obra de arte que no expresa los sentimientos del autor. Por el contrario, lo que domina en Tito Livio es el culto de la virtud y de la generosidad de los antiguos Romanos. ¿Quién no conoce la historia ó la fábula del maestro de escuela de Falerios? Hé aquí la respuesta que el histo-

riador atribuye á Camilo: «No encontrarás aquí ni un pueblo ni un general que te se parezcan, infame, que vienes aquí con un presente infame. No estamos ligados á los Faliscos por ninguno de esos lazos que establecen los convenios de los hombres; pero existen y existirán siempre entre ellos y nosotros los que crea la naturaleza. La guerra tiene, como la paz, sus leyes, y nosotros hemos aprendido á sostenerlas tanto con la justicia como con el valor. Tenemos armas, pero no contra esa edad á quien se perdona aún en las ciudades tomadas por asalto, sino contra hombres armados como nosotros, etc.» (1).

Este discurso es de un retórico y apenas responde á los sentimientos de los contemporáneos de Camilo. Los Romanos no se creían ligados hácia los extranjeros ni por una ley natural ni por una ley civil: á sus ojos los enemigos no tenían derechos. El historiador atribuye á su héroe las opiniones de una edad en que la civilización empezaba á suavizar las costumbres. Sin embargo, la humanidad había progresado todavía poco en tiempos de Tito Livio. Júzguese por las quejas que los Atenienses dirigieron al Senado contra Filipo, rey de Macedonia: «No se quejaban de haber sido tratados como enemigos por un enemigo: la guerra tenía sus derechos que se podían ejercer del mismo modo que era preciso someterse á ellos. *El incendio de las cosechas, la ruina de las habitaciones, el rapto de los hombres y de los animales eran calamidades más bien deplorables que irritantes para aquellos que las sufrían*» (2). El escritor latino erige en ley los horrores que veía practicar entre enemigos; no busca, como Polibio, los límites de aquel pretendido derecho. Muchas veces admira actos en los que más bien encontraríamos motivo de censura. Capua había abrazado el partido de Aníbal; el Senado tomó una venganza ruidosa de esta traición. Se castigó con la muerte á 70 senadores; 300 nobles Campanios fueron encadenados; otros, enviados prisioneros á las ciudades latinas, murieron de diferentes accidentes; el resto de los ciudadanos de Capua fué vendido como esclavo. Pero la ciudad no fué destruida; Tito Livio celebra esta insigne clemencia con-

(1) LIV., v, 27.

(2) IBID., xxxi, 30.

fesando al mismo tiempo que la humanidad de Roma fué un cálculo de utilidad (1). En otro lugar aplaude la generosidad con que usó de la victoria el ejército enviado contra Antíoco en Grecia. No ejerció ninguna violencia sobre ciudad alguna: «Esta moderación en la victoria, dice, le honró más que la victoria misma» (2). El historiador se apresura demasiado á ensalzar á sus compatriotas. Vuélvase algunas páginas, y se verá lo que era el desinterés romano. «Los vencedores saquearon la ciudad de Heracléa; el cónsul lo permitió para indemnizar al soldado de la restricción que le había impuesto en medio de tantas ciudades reconquistadas, dejándole al fin gustar de los frutos de la victoria» (3). ¡Así los *frutos de la victoria* consistían en el pillaje! Esto debe moderar un tanto nuestra admiración hácia esos grandes conquistadores; ¡tanto valdría honrar á los Cartouches y demás héroes de los caminos reales! Valemos más que los Romanos. Nuestros soldados se batían con tanto valor como los legionarios. ¿Necesitan del botín para animarse al combate? No es, pues, verdad que los *nietos sean peores que sus abuelos*; preciso es confesar, por el contrario, que nuestros padres valían ménos que sus hijos, lo cual nos permite esperar, á despecho de los pesimistas, que nuestros hijos valdrán más que nosotros.

Tito Livio es un patriota exclusivo cuando se trata de los enemigos de los Romanos. Vivía en tiempo de Augusto. Roma gozaba de un imperio sin rival. Era el momento de abjurar de las envidias nacionales y de hacer justicia, por lo ménos, á los muertos. Aníbal, víctima del odio del pueblo romano, ¿no debía ser rehabilitado por la historia? Sin embargo, el lenguaje de Tito Livio está lleno de la exageración de las pasiones populares: «Semejante, dice, á aquellos animales salvajes que no se puede nunca amansar, aquel enemigo de Roma era implacable en su odio» (4). Cicerón dice que el general cartagines encontró sus defensores en medio de sus vencedores (5). No había, sin duda, más que los es-

(1) LIV., xxvi, 16: «*Præsens utilitas vicit.*»

(2) IBID., xxxvi, 21.

(3) IBID., xxxvi, 24.

(4) IBID., xxi, 4; xxxiii, 45.

(5) CICER., *Pro Sext.*, 68.

píritus superiores que diesen prueba de esta noble imparcialidad. La masa de la nación continuó con las mismas preocupaciones. Tenemos de ello un notable testimonio. ¿Se quiere saber por qué el Africa está infestada de animales feroces? «Dios la ha castigado de antemano por la guerra que Cartago hizo á Roma.» Un grave poeta, *Manilio*, contemporáneo de Tito Livio, es quien se ha hecho intérprete de esta singular justicia (1). El odio del nombre cartaginés se había inoculado en la sangre romana. Esto es una disculpa para Tito Livio; pero esto mismo prueba que el historiador latino no es más que el eco de las opiniones admitidas, y que jamás se eleva por encima de su siglo y de su país.

§ IV.—Tácito.

Tácito pone en boca de un jefe breton una elocuente invectiva contra la ambición de los Romanos: «Devastadores del mundo, ahora que lo han arrebatado todo y les falta tierra, vienen á escudriñar el mar. Si su enemigo es rico lo saquean, si es pobre lo esclavizan. Ni el Oriente ni el Occidente pueden hartarlos; de todos los pueblos, son los únicos que codician con la misma ánsia las riquezas y la pobreza. Saquear, degollar, violar, hé aquí lo que con falso nombre llaman su gobierno; y para ellos la paz es la soledad que dejan. Nuestros hijos, nuestros padres, son las más poderosas afecciones de la naturaleza: ellos los alistán para reducirlos á la esclavitud. Si nuestras mujeres y nuestras hermanas se han escapado de la brutalidad de sus soldados, las deshonran reduciéndolas bajo el nombre de huéspedes y amigos. Ellos acaban con vuestros bienes y vuestras fortunas por medio de contribuciones, con vuestros trigos por medio de las provisiones; vuestros cuerpos mismos y vuestros brazos se consumen en roturar las selvas y en rellenar los pantanos bajo el látigo y la injuria» (2).

Creeríase que Tácito se siente movido á compasión por la suer-

(1) MANIL., *Astronom.*, IV, 657-666.

(2) TACIT., *Agric.*, 30-31.

te de los pueblos amenazados de la esclavitud romana. Pero este discurso no es sino una obra de arte, cuya perfección atestigua el talento del artista, pero que nada prueba respecto de sus verdaderos sentimientos; el historiador ha tenido cuidado de hacérselos conocer. Le dejamos la palabra: «Los Bructeros han sido aniquilados por una liga de naciones vecinas, ya por odio á su orgullo, ya por el cebo del botín, ya por algún favor de los dioses hácia nosotros, porque no nos han envidiado siquiera el espectáculo de este combate en que más de sesenta mil de estos Bárbaros sucumbieron, no bajo las armas y los dardos de los Romanos, sino, *lo que es mucho más magnífico, delante de nosotros y para placer de nuestros ojos. ¡Ojalá existan y duren siempre entre estas naciones, á falta de amor á Roma, estos odios recíprocos!*» (1) Gibbon dice que estas palabras son ménos dignas de la humanidad que del patriotismo de Tácito (2). No quisiéramos honrar con el nombre de patriotismo la alegría salvaje que el historiador siente vivamente por la matanza de los Germanos, que se asesinan entre sí: en realidad, el amor de los antiguos por su patria no era sino el odio á sus enemigos. Tácito, el más romano de los escritores latinos, es también el que tiene ménos simpatías por los extranjeros. Sabido es con qué ceguedad juzga á los judíos y á los cristianos. A oírle: «Eran unos desgraciados, *abhorrecidos por su infamia*. El suplicio de Cristo, dice, reprimió por un momento su *execrable superstición*; pero bien pronto se desbordó el torrente hasta en Roma misma, donde vienen á reunirse y á tomar cuerpo *todos los desórdenes y todos los crímenes*. Se apresó á una multitud inmensa que estaba ménos convicta de haber incendiado á Roma que de *odiar al género humano*.» Tácito recuerda el suplicio al cual se condenó á los judíos y á los cristianos y el atroz escarnio que se le añadió. No encuentra una palabra de piedad para estos desgraciados; no censura sino una cosa, y es que las víctimas parecían más bien inmoladas á un pasatiempo de Nerón que al bien público (3).

(1) TACIT., *De Morib. German.*, c. 33.

(2) *Historia de la decadencia del imperio romano*, c. 9.

(3) TACIT., *Annal.*, XV, 44.

El historiador no se apercibe de que era tan bárbaro como el emperador. Hay algo de desconsolador en las preocupaciones de esta elevada inteligencia: ¡qué confianza podemos tener en los juicios de los hombres, cuando vemos á un Tácito tratar de *superstición execrable*, de *crimen digno del último suplicio*, á la religion que debia regenerar el mundo! Pero, por otro lado, este ejemplo debe levantar el ánimo de los que luchan por los derechos de la humanidad; que no se dejen aterrar por las injurias de los partidarios de lo pasado. Dios los castiga con la ceguedad. Los exclusivos sentimientos del romano resplandecen aún en esta palabra insultante, «*que la sangre de los gladiadores es una sangre vil*» (1). Tácito no se imaginaba que esta sangre vil estaba destinada á reemplazar en las venas de la humanidad á la empobrecida sangre de los nobles romanos, y que el mundo hubiera perecido de inanición si no hubiera sido renovada por los Bárbaros, objeto de su desprecio.

La crítica que hacemos de Tácito se dirige ménos al historiador que á la antigüedad, de la que es órgano. Cuando se penetra en el círculo de las ideas romanas, Tácito es admirable. Ha apreciado bien la mision política del Imperio: «Si los Romanos, dice, llegáran á ser arrojados de la tierra, de lo cual nos preserven los dioses, ¿qué se vería, sino la guerra general de las naciones? Han sido necesarios ochocientos años de una fortuna y una disciplina constantes para levantar este coloso inmenso, y no puede ser destruido sin la ruina de los destructores» (2). Hay una profunda verdad y como una profecía en estas palabras que Tácito pone en boca de Cerealis. Si, la paz momentánea del mundo estaba ligada á la existencia del Imperio romano, la destrucción del coloso trajo consigo una perturbación universal. Los que fueron testigos de la invasión de los Bárbaros creyeron asistir á un cataclismo; éste era la muerte del mundo antiguo, la cual era una condicion de la regeneración de la humanidad.

(1) TACIT., *Annal.*, I, 76: «*Vili sanguine nimis gaudens.*»

(2) *IBID.*, *Histor.*, IV, 74.

§ V. — Veleyo Paterculo.

Se ha censurado á Veleyo por adular á Tiberio. M. Villemain dice que tenía á la vez la simpatía de un oficial por su general, la abyección de un cortesano y el énfasis de un retórico (1). Sería quizás más justo decir que, como guerrero, aprecia y alaba con verdad á su general en el emperador (2). Sea lo que fuere, juzgó los sucesos de la historia romana con un buen sentido superior al genio de los Salustios y de los Tito-Livios. El recto espíritu del soldado participó de la influencia que la dominación universal de Roma y el progreso de las ideas debian ejercer sobre los hombres, que no estaban encadenados por un amor ciego á las antiguas formas y á las antiguas costumbres.

Tito-Livio participaba de las preocupaciones populares contra la rival de Roma. Salustio se atrevió á justificar la política romana respecto de los Cartagineses. Escuchemos al lugarteniente de Tiberio. Reconoce que en la tercera guerra púnica Roma no habia sido ofendida por su enemiga; que si ésta resolvió destruir á Cartago, fué porque no podia perdonarle su antiguo poder: «Jamás Roma, aún cuando sometió al mundo entero, se creyó segura en tanto que Cartago estuviera en pié, en tanto que su nombre subsistiera. Así es que el odio nacido de antiguas querellas sobrevivió al temor y aún á la victoria; no desapareció sino con el objeto detestado» (3).

Veleyo es el primer historiador romano que confiesa que Cartago pereció por el odio de Roma, y que este odio no se excusaba por un temor fundado. La guerra social da aún ocasion al historiador para expresar ciertos sentimientos de equidad poco comunes entre sus compatriotas. Sabido es con qué indignación, mezclada de desden, acogió Roma las pretensiones de los aliados á la par-

(1) VILLEMMAIN, *Noticia sobre Tiberio*, en los *Estudios de la literatura antigua*.

(2) La crítica alemana ha tomado la defensa de Vellejus (BAEHR., *Geschichte der römischen Literatur*, § 230, 3.ª edición).

(3) VELLEJ. PATERC., I, 12.

ticipacion de los derechos políticos. Veleyo era descendiente de un italiano que habia obtenido la ciudadanía en recompensa de su fidelidad hácia el pueblo romano en la guerra social. Este recuerdo no le cegó: «La suerte de los Italianos, dice él, fué de las más felices, como su causa era de las más justas. No pedian sino ser ciudadanos de un pueblo cuyo poder sostenian con sus armas. Obligados á dar todos los años en todas nuestras guerras un doble contingente de hombres y de caballos, ¿era posible excluirlos del derecho de ciudadanía en Roma, que les debía la cúspide de la grandeza, desde la cual despreciaba como extranjeros y bárbaros á pueblos de la misma sangre y del mismo origen?» (1). ¡Hé aquí una equidad admirable! No es esta la voz de un *retórico*, es la voz de la posteridad.

§ VI. — Floro.

«Se conoce que Floro es un romano del Imperio que poetiza sobre los bellos tiempos de la República; su libro da á conocer á Roma como una oracion fúnebre da á conocer á un héroe» (2). Este juicio de un gran crítico pudiera hacer creer que Floro está siempre presto á admirar y á glorificar las acciones del pueblo romano; sin embargo, este compilador se muestra más justo y ve más claro que los más grandes historiadores de Roma.

Cuando Floro escribe estas bellas palabras, «que no hay verdadera victoria, sino la que se obtiene sin violar la buena fe y sin atentar contra el honor» (3), se pudiera suponer que, bajo la forma de una máxima general, quiere hacer el elogio de los Romanos. Pero no es así: es una regla, á la que el historiador se mantiene fiel en sus apreciaciones sobre la política romana. Las relaciones de Roma con Cartago son como la piedra de toque, en la que se puede reconocer la imparcialidad de los autores latinos. Flo-

(1) VELLEJ., II, 15.

(2) VILLEMMAIN.—Compárese á BAEHR, *Geschichte der röm. Liter.*, § 245, nota 3.

(3) FLORO, I, 12.

ro nota que en la primera guerra Roma tomó las armas con pretexto de socorrer á sus aliados, pero, en realidad, movida por la conquista de la Sicilia. Pone de manifiesto el ódio implacable de Caton el Censor; trata de bárbara la orden dada á los Cartagineses de abandonar su territorio, y emplea toda la pompa de su estilo para describir su admirable defensa (1).

La destruccion de Cartago fué seguida de la de Corinto. Floro censura el odioso abuso de la fuerza, de que se hizo culpable el Senado: «esta ciudad ¡oh crimen! fué destruida ántes que hubiera sido legalmente declarada enemiga» (2). Se suceden las ruinas con espantosa rapidez. Numancia cae bajo los golpes del destructor de Cartago. Patérculo, como soldado que es, se regocija casi de la destruccion de la heroica ciudad española: expió, dice, la vergüenza de nuestros reveses. Floro se extraña de las causas que dieron lugar á las hostilidades; no duda en declarar que «jamás hubo guerra promovida por causa más injusta que la de Numancia» (3).

«El último siglo de la República, dice Floro, fué un siglo de hierro, de sangre, y, peor aún si es posible.» No hubo guerra que tuviera una causa legítima. ¿Por qué llevó Roma sus armas á la isla de Creta? «Si queremos decir la verdad, responde el historiador, hemos hecho la guerra por el solo deseo de vencer á esta isla célebre.» ¿Por qué hizo Roma la guerra á los Partos? «Si el pueblo romano, dice Floro, recibió una herida cruel de mano de los Partos, no podemos quejarnos de la fortuna: este consuelo falta á nuestra desgracia. La codicia del cónsul Craso que, á pesar de los dioses y de los hombres, queria saciarse con el oro de los Partos, fué castigada con la matanza de doce legiones y con la pérdida de su propia vida.» Antonio, á su vez, «cayó sobre los Partos, sin objeto, sin apariencia aún de declaracion de guerra, como si el fraude entrara en la táctica de un general» (4).

Estas apreciaciones no se parecen á un panegírico. La equidad y el buen sentido que Floro muestra en sus juicios sobre las guer-

(1) FLORO., II, 2; II, 15.

(2) IBID., II, 16.

(3) VELLEJ. PATERC., II, 4.—FLORO, II, 18.

(4) FLORO, II, 19, 8, 12, 10.